

Pero aquí Madariaga cae en una inocentada: recomendar a Estados Unidos la abstinencia, o sea no invertir dinero (ni su gobierno ni sus nacionales, es de suponerse) en la industria, la agricultura o el comercio de la América Hispánica. ¿Está seguro Madariaga de que esa abstinencia no acabaría por arruinar, o debilitar mucho, por lo menos, la economía interna de Estados Unidos?

EL FIN FINAL del libro de Madariaga es dar la señal de alarma (sobre todo, claro, a Estados Unidos) acerca del peligro de que la América caiga en el comunismo. Pintar, y, sobre todo, medir esos peligros, es una tarea necesaria, y Madariaga, después de todo, la acomete con decisión. No tarda uno en convencerse, sin embargo, de que exagera, y de que, en todo caso, ni está muy seguro de las causas que podrían producir ese vuelco, ni mucho menos cómo, en verdad, podría evitarse.

DE LA LIBERACIÓN A DE GAULLE

RAFAEL SEGOVIA,
del Colegio de México

Alfred Grosser debe figurar ya entre aquellos politistas o politólogos franceses —Duverger, Aron, Goguel, etcétera—, que se conocen más allá de sus fronteras. Especializado en los problemas alemanes, su obra ha sido lo bastante apreciada para llegar a la consagración que es la traducción. Algunos de sus libros son hoy referencias indispensables para cuantos se acercan al problema alemán. Dedicado generosamente a trabajar por el acercamiento franco alemán, articulista del diario católico *La Croix*, secretario de la revista *Allemagne* y profesor de la Escuela de Ciencias Políticas de París, su curriculum le lleva a un europeísmo que lo es de vocación tanto como de razón. Su mayor mérito será, por encima de los ya expuestos, el no encerrarse en los cómodos y mezquinos límites de *la especialidad*; basta con leer los títulos de sus publicaciones para ver cómo a los lados de una línea fundamental aparecen estudios alejados del tema central, y que son signos de su interés por todo cuanto se refiere a las ciencias humanas.

Al abrir el libro que aquí se comenta,* el lector no debe pasar sin advertir previamente que el título es “La IV^a República y su política exterior.” Hay una, a veces justa tendencia a ignorar las introducciones, los estudios preliminares y todo aquello que separa del tema o meollo del libro o estudio buscado. El libro de Grosser se compone de dos partes de igual valor, y el análisis de la vida institucional —política y social— que aparece bajo el nombre de *Las fuerzas actuantes* no debe ignorarse porque el lector conozca obras clásicas como las de Philip Williams, R. Aron, H. Lüthi o, en otro plano, J. Fauvet.

Desde la introducción se plantea aquello que le da a la IV^a República un carácter especial y hace de ella algo distinto de los demás regímenes de la Europa occidental. “Ha sido el único país del mundo [Francia] que ha conocido los desgarros internos de los dos grandes conflictos de mediados del siglo xx, a saber: la oposición entre el comunismo y el anticomunismo y el choque entre los Estados viejos y las naciones jóvenes” (p. 11). Si a esto añadimos lo que Grosser llama *La herencia recibida*, la IV^a República, lo que fue y cómo funcionó será algo asequible. En el periodo constitutivo se notan ya las grandes líneas de tensión a lo largo de las cuales se dispondrán las fuerzas, casi siempre antagónicas. Lo antiguo y lo moderno, reformadores y conservadores alternan en todas partes, especialmente en lo que hoy se llama *decisión making*, término que el autor tiene el buen gusto de no usar nunca. Esta coexistencia obligada de pasado y presente se advierte, por ejemplo, en el caso del ministro de Relaciones exteriores, único responsable de la política exterior —como ocurría durante la República de antes del conflicto mundial— pero a este ministro se le escapan cada vez más los servicios técnicos, los económicos y, en múltiples casos, los altos funcionarios.

Los conflictos ideológicos impiden la existencia de una política llevada a término a espaldas del público; pero esta misma falta de secreto lleva al extremo opuesto: hay algunos tratados firmados por el gobierno de los cuales no tienen noticia ni el parlamento ni el presidente de la República.

El parlamento, por lo demás, —y conservando sanas costumbres de la IV^a República— ignora por lo general los problemas exteriores. El diputado, obsesionado por su reelección, se confina en los problemas más mezquinamente nacio-

* Alfred GROSSER, *La IV^a République et Sa Politique Extérieure*, Paris: Armand Colin, 1961.

nales, desentendiéndose de lo demás. La guerra de Corea, por ejemplo, jamás figuró en la orden del día de la Asamblea nacional. Queda como control parlamentario la Comisión de asuntos extranjeros, elegida de acuerdo con la importancia de los partidos, y las comisiones de investigación. El problema más importante estriba, en lo que al parlamento se refiere, en la ratificación de los tratados. ¿Qué ocurre si no los ratifica? ¿Se limitará a registrarlos?

Vistos los instrumentos de la política exterior queda por ver sobre qué se apoyan, y aquí surgen *los partidos, los grupos y las opiniones*. De la profundidad del análisis hecho, pongamos un solo ejemplo: "La actitud del Partido comunista francés es muy clara: hay que permanecer en el poder, rechazar los esfuerzos de quienes tratan de separarlo, hay que tratar de mantener una política exterior en la misma vía y no dejarse llevar a la ruptura en los dos puntos sensibles: la política indochina y la política social" (p. 105). La misma inteligencia hallamos en la exposición de la contradicción que supone el vocabulario marxista y el reformismo parlamentario más que moderado de los socialistas o en el examen de las personalidades del partido demócrata— cristiano (M.R.P.) o en el que hace del nacimiento de la derecha después de la Liberación (P.R.L.) Los sindicatos son vistos no sólo en su contexto nacional, sino en el internacional, por el internacionalismo de estas asociaciones, por lo menos formal.

El último capítulo de la primera parte está dedicado a *la prensa, las opiniones y las ideologías*, prolongación lógica del anterior. Grosser no tiene empacho alguno para escribir: "El control financiero más que imponer algunos temas, impiden que se traten otros" (p. 162). Un fenómeno común a la prensa francesa —y mundial, se puede añadir— es la concentración que va acompañada de la despolitización. Los 304 periódicos de 1931 no son más que 127 en 1957; los más politizados, los órganos de los partidos sufren caídas vertiginosas: de 1946 a 1950 *L'Humanité*, diario del Partido comunista, pierde el 58 % de su tiraje, *L'Aube*, demócrata cristiano, el 75 %, *Le Populaire*, socialista, el 85 %. La llamada prensa de información se adueña del mercado, pero la información, aun la más imparcial, tiene un sentido.

La segunda parte de la obra, *Los problemas y su solución*, trata de mantener las mismas normas de exposición: los problemas son presentados individualmente para poder arrojar sobre ellos mayor claridad, aunque tenga que ceñirse con rigor a la cronología.

La república que surge de la guerra tiene una serie de rasgos muy acusados profundamente antigermánica, se enfrentará al problema del Sarre y al de las reparaciones influida por una desconfianza que tardará años en disiparse. En la naciente rivalidad Este-Oeste, Francia tratará de desempeñar un papel de moderador, teniendo que aguantar la visión simplista que los americanos tienen de la vida política francesa.

La política exterior francesa, hasta los tratados de París, adolecerá de lo que Grosser llama con gran acierto "el freno alemán". Sin embargo, el freno se va aflojando poco a poco. El tratado franco-soviético (10 de diciembre de 1944) y el tratado franco-inglés de Dunkerque (4 de marzo de 1947) son abiertamente antialemanes, van dictados por el recuerdo más que por una realidad. El "golpe de Praga" y la afirmación de los bloques lleva al tratado de Bruselas (17 de mayo de 1948) primer jalón de la unidad militar de la Europa occidental y a su ampliación al otro lado del Atlántico, tratado del Atlántico del Norte (4 de abril de 1949). La integración militar ha sido precedida por la ayuda del plan Marshall y por la integración económica (OECE, 16 de abril de 1948), en la que entra Alemania (las zonas de ocupación aliadas) que sin embargo se queda en la puerta cuando se trata de la integración política, pues el Consejo de Europa, se limita a *asociarla*.

El papel que el individuo puede desempeñar en la creación, e incluso en la imposición, de una política se pone de manifiesto al través de J. Monnet y R. Schuman, creadores de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (18 de abril de 1951), sobre la que se asentará una unidad mucho más amplia a pesar de los esfuerzos desesperados que de los seguidores del general de Gaulle, nacionalista a ultranza, al menos en aquel momento, hacen en su contra.

El 6 de abril de 1948 *Le Monde* escribía: "el rearme alemán está contenido en el Pacto del Atlántico como el germen en el huevo". Tardó sin embargo casi cuatro años en llegar a la vida. La guerra de Corea lleva al gobierno americano a considerarlo una necesidad ineluctable. Los esfuerzos franceses por impedirlo, o al menos por impedir la creación de un ejército alemán autónomo, cristalizaron en la Comunidad europea de defensa, ideada por el ministro francés R. Pleven, que tras una vida azarosa fue a fenecer en los Tratados de París de mayo de 1952.

Para el lector no francés, el libro tiene su relieve máximo

en el problema de la descolonización. En primer lugar es un mérito indiscutible considerar los casos de Indochina, Túnez, Marruecos y los del África negra como *problemas exteriores*. No cabe la menor duda que esto sitúa al autor, quien sabe penetrar en la descolonización con la limpieza de quien ha sabido participar en ella, y que por lo mismo se siente con la capacidad que da la entrega para juzgar, aunque manifieste la voluntad de no hacerlo.

La descolonización suprime por fuerza el freno alemán. El punto de ruptura se sitúa en Mendes-France: paz en Indochina, autonomía de Tunisia, insurrección de Argelia, independencia de las factorías de la India, abandono de las reivindicaciones sobre el Sarre. El intento renovador de Mendes-France, el deseo de abandonar los problemas que no tienen solución es seguido tímidamente por G. Mollet pero sin el "estilo" y el vigor que el ministro radical socialista supo dar a la política francesa.

Habiendo fallado la experiencia de Mendes-France viene *La cristalización argelina*. Todo dependerá de la antigua colonia. El nacionalismo feroz y agresivo que se apodera de toda Francia y que va a repercutir en agresiones (Suez, *la única guerra popular*, como subraya con toda razón), en su antiamericanismo olvidadizo y descarado, en un trastorno de todos los valores políticos cuyo resultado es la subida del poujadismo ("En mis tiempos los tenderos votaban por los notarios; hoy los notarios votan por los tenderos", declara de Gaulle al conocer la victoria del papelero de Saint-Céré), el racismo, el antisemitismo, todo va a aflorar hasta llegar al 13 de mayo de 1958, cuando un golpe militar lleva a de Gaulle al poder.

Grosser termina su libro con las siguientes frases: "Los problemas que la IVª República no llegó a resolver [los hombres del 13 de mayo], crearán poder con ellos porque habrán cambiado a los hombres y a las instituciones. Ésa será su mayor ilusión" (p. 396). Quizás sea esta última la única frase en la que Grosser no está comprometido, pues, por lo demás, nos ha dicho en el prólogo (p. 11) "hemos tratado sencillamente de estudiar con una simpatía total a los hombres y grupos cuyas ideas y actos nos parecían malos, y con un espíritu crítico siempre alerta a los hombres y grupos de quienes nos sentíamos cerca. Al lector le toca juzgar en qué medida lo hemos logrado". No es difícil advertir en qué lugares se fuerza la crítica y en qué otros la lenidad triunfa sobre la más elemental justicia. Si algo —por encima de la erudición, de la elegancia y de la profundidad— domina en este libro

de Grosser, es la inteligencia, que sabe incluso superar la *posición* del escritor.

EL NUEVO LIBRO DE DANIEL COSÍO VILLEGAS *

I

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO,
del Colegio Nacional

En esta segunda parte, de tan relevantes méritos como la primera, el distinguido historiador don Daniel Cosío Villegas estudia la política exterior del gobierno del general Díaz en sus relaciones con los Estados Unidos por un lado (prácticamente la mitad del volumen), y en seguida las negociaciones que de una y otra parte culminaron en el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y las potencias europeas; relaciones que por parte del gobierno republicano habían sido interrumpidas con todas ellas en la época de la Intervención y el Imperio.

Parece muy acertada la referida división, porque eran del todo distintos los problemas que en aquel momento histórico teníamos con nuestro vecino del norte y con los países del viejo mundo. Con los Estados Unidos, en efecto, no había existido, en este terreno, una solución de continuidad, y en el momento que la hubo, no fue por ningún agravio que ellos hubieran inferido a México por solidaridad con Maximiliano (muy lejos estuvieron de ello), sino porque al triunfo de la revolución de Tuxtepec, se planteó una vez más, en los términos que serán habituales hasta el gobierno del general Obregón, el problema del reconocimiento del nuevo gobierno. Por "términos habituales" entiendo naturalmente la conocida táctica de servirse del reconocimiento como de un arma para obtener, la potencia que lo otorga, ventajas económicas y políticas, como lo dirá más tarde, al reaccionar contra esta práctica, don Genaro Estrada.

De cautivante interés es la lectura de las páginas con-

* *Historia Moderna de México. El Porfiriato: Vida Política exterior. Segunda Parte.* México-Buenos Aires, Editorial Hermes, 1963. xxxii, 967 pp., illus.